

manera ¿cómo Gregorio iba a perder el tren? Si este niño no tiene otra preocupación más que el almacén. ¡Si hasta me contraría ver que no sale de noche! Ahora, sin ir más lejos, ha permanecido aquí ocho días; ¡y de casa no se ha movido ni siquiera una noche! Se sienta junto a nosotros en la mesa, lee el diario en silencio o estudia itinerarios. No tiene otra distracción que no sea hacer algo de carpintería. En dos o tres tardes ha hecho un pequeño marco para cuadro. Cuando usted lo vea, se asombrará: Es muy bonito. Está colgado allí en el dormitorio, lo verá inmediatamente, en cuanto abra Gregorio. Por lo demás, me alegró de verle, señor principal, ya que nosotros, por nuestra parte, jamás hubiéramos podido convencer a Gregorio para que abriera esa puerta. ¡Es muy tozudo! Ciertamente no se siente bien, a pesar de que dijo lo contrario.

—¡Ya voy! —exclamó lenta y prudentemente Gregorio, sin moverse para no perder nada de la conversación. —De otra manera, no podría explicármelo, señora —contestó el principal—. Esperemos que no sea nada serio. Pero, como quiera, no puedo dejar de decir que nosotros, los comerciantes, afortunada o desgraciadamente debemos saber soportar muy a menudo algunos males, anteponiendo a todo los negocios. Bien —inquirió el padre, ya impaciente y volviendo a tocar la puerta: —¿Puede ya pasar el señor principal? —No —contestó Gregorio. Un silencio de gran tristeza se apoderó de la habitación contigua de la izquierda, mientras en la de la derecha sollozaba su hermana.

Mas, ¿por qué razón no iría ella donde estaban los otros? Claro es que hacía poco que se había levantado y que aún no se empezaba a vestir. Pero, ¿por qué lloraría? ¿quizá porque el hermano no se levantaba y no dejaba pasar al principal; porque le peligraba el empleo y porque el principal comenzaría a atormentar a sus padres de nuevo, con las antiguas deudas? Sin embargo, ahora no venía al caso preocuparse de estas cosas. Gregorio permanecía aún allí, y no tenía la menor intención de alejarse de los suyos. En ese instante se encontraba tirado en la alfombra, y ninguna persona que le hubiera visto en el estado en que se hallaba habría podido imaginarse que hiciera pasar al principal a su habitación. Pero, esta insignificante falta de cortesía, de la que en su momento le daría cumplida satisfacción, no era

suficiente causa como para despedirle sin más ni más. A Gregorio le pareció que ahora era mejor que lo dejaran tranquilo, y que no vinieran a perturbarlo con lágrimas y discursos. Mas, su incertidumbre confundía a todos, que trataban de justificar su conducta.

—Señor Samsa —llamó de nuevo el principal, ahora con tono autoritario—, ¿qué es esto? Se ha parapetado usted en su cuarto. Solamente responde con monosílabos. Intranquiliza en forma alarmante y sin razón a sus padres, y además, entre otras cosas increíbles, no cumple en el almacén como es su deber. Le estoy hablando en este momento en nombre de sus padres y de su jefe, y le suplico seriamente que aclare esto de inmediato. Estoy asombrado; yo tenía de usted un concepto de hombre responsable y correcto, y parece que ahora, de súbito, quiere usted hacer alarde de extravagancias inexplicables. Es cierto que el jefe me sugirió esta mañana una posible explicación a esa falta: recordó el cobro que usted debía efectuar anoche; pero yo en ningún caso consideré que esto fuese motivo para justificar su ausencia. Ahora ya, en vista de su empeinamiento, he perdido el interés por usted. Su situación en el almacén es bastante inestable. Yo pensaba decirle estas cosas en privado; pero como usted se complace en hacerme perder el tiempo inútilmente, no tengo reparo en decirselo delante de sus señores padres. Últimamente su trabajo no ha rendido como debía. Somos conscientes de que esta época no es la mejor para nuestro negocio; nosotros admitimos esto. Mas señor Samsa, no hay ni debe haber época alguna en que los negocios se paralicen por entero.

—Pero, señor —gritó Gregorio, desesperado, olvidándose de todo—. Voy de inmediato, salgo al momento. Un ligero malestar, un mareo, impidió que me levantara. Me encuentro acostado aún. Pero ya me he recuperado del todo. En este instante me levantaré. ¡Un minuto de paciencia! Todavía no me hallo tan bien como pensaba. Pero estoy mejor. ¡Es inexplicable cómo pueden ocurrirle a uno cosas así! Ayer por la tarde me sentía tan bien. Es cierto, mis padres lo pueden asegurar. Aunque bien mirado, en la tarde tuve ayer algo así como un presentimiento. ¿Por qué no me lo notarían? Y ¿por qué no lo comentaría yo en el almacén? Uno siempre piensa que puede pasar en pie la enfermedad sin

tener que quedarse en casa: ¡Señor principal, sea considerado con mis padres! No se justifican todas las censuras de que me ha hecho objeto, jamás me habían dicho algo semejante. Creo que usted no ha sabido de los últimos pedidos que he tomado. Y además, me iré en el tren de las ocho. Estas dos horas de descanso me vinieron muy bien, me he recuperado. No se retarde usted más, señor. De inmediato estoy en el almacén. Aclare allí usted esto, y por favor, discúlpeme con el jefe.

Y mientras soltaba, atropellándose, este discurso sin darse casi cuenta de lo que decía, Gregorio, gracias a la práctica de movimientos lograda en la cama, se acercó con facilidad al baúl y procuró enderezarse afirmándose en él. Deseaba, en efecto, abrir la puerta, que lo viera el principal, y conversar con él. Tenía curiosidad por saber qué dirían cuando le mirasen los que con tanta insistencia le llamaban. Si se espantaban, Gregorio se encontraría libre de toda responsabilidad y no tendría nada que temer. En caso contrario, si se quedaban tan tranquilos, tampoco tendría por qué alarmarse, y podría, apurándose, alcanzar a estar a las ocho en la estación. Repetidas veces se resbaló contra las paredes lisas del baúl; pero, finalmente, un último salto le puso en pie. De los dolores de vientre, aunque muy fuertes, no se preocupaba. Se dejó caer contra el respaldo de una silla que tenía cerca, a cuyos bordes se agarró firmemente con sus patas. Consiguió al mismo tiempo recobrar el dominio de sí mismo, y calló para escuchar lo que hablaba el principal.

—¿Entendieron ustedes algo de lo que dijo? —preguntaba éste a sus padres—. ¿No se estará haciendo el loco? —¡Por Dios! —dijo la madre, sollozando—. Quizá se encuentra muy mal y nosotros lo estamos atormentando. Y de inmediato gritó: —¡Grete! ¡Grete! —¿Qué ocurre, madre? —respondió la hermana por el otro lado del dormitorio de Gregorio, a través del cual hablaban. —Debes ir ahora mismo en busca del médico, Gregorio está enfermo. Date prisa ¿Te has dado cuenta cómo habla ahora Gregorio? —Tiene voz de animal —agregó el principal— que conversaba en voz sumamente baja, comparada con los gritos de la mamá. —¡Ana! ¡Ana! —gritó el padre, mirando a la cocina a través del recibidor y golpeando las manos—. Salga de inmediato a

buscar un cerrajero. Ya se escuchaba el ruido de las faldas de las dos muchachas que partían corriendo (¿cómo se vestiría tan rápido la hermana?), y también se oía que abrían en forma brusca la puerta del piso. Mas no se oyó ningún portazo. Seguramente habrían dejado la puerta sin cerrar, como a veces ocurre en las casas donde está sucediendo una desgracia.

Gregorio, sin embargo, estaba ya mucho más tranquilo. Es cierto que sus palabras seguían siendo enigmas, aunque para él eran clarísimas, más claras que antes, de seguro, porque se iba acostumbrando a oírse así. Pero lo importante era que los demás ya se habían dado cuenta de que algo raro le estaba ocurriendo y se aprestaban a darle ayuda. La resolución y fuerza con que se tomaron las primeras providencias, le reconfortaron. Se sintió otra vez incluido entre los seres humanos y esperó, tanto del doctor como del cerrajero, indistintamente, operaciones extraordinarias y portentosas. Y con objeto de que su voz resonara lo más clara posible en los importantes diálogos ahora inminentes, carraspeó un poco, tratando de hacerlo con suavidad, por miedo a que este ruido pareciera también no provenir de un ser humano, cosa que ya le resultaba difícil distinguir. Entre tanto, en la habitación vecina había gran silencio. Quizá los padres, sentados a la mesa con el principal cuchicheaban con éste, o posiblemente estaban todos escuchando junto a su puerta.

Gregorio deslizó el sillón hacia la puerta; al llegar dejó el asiento y se agarró a la puerta, pegado a ella por la viscosidad de sus patas, y así descansó un momento del esfuerzo hecho. Después trató con la boca de dar vuelta a la llave dentro de la cerradura. Desafortunadamente, al parecer no tenía dientes. ¿Con qué cogería pues la llave? Bueno, tenía unas mandíbulas muy firmes, y con ellas pudo mover la llave, sin prestar atención al perjuicio que se hacía, ya que un líquido oscuro le brotó de la boca, chorreando por la llave y cayendo hasta el piso. —Oigan ustedes —comentó el principal, en el cuarto contiguo— ¡está girando la llave! Estas palabras dieron inmenso aliento a Gregorio. Pero todos: el padre, la madre, deberían haberle gritado —¡Adelante, Gregorio! Sí, debían haberle gritado: ¡Siempre adelante! ¡Duro con la cerradura! Y, sospechando

la ansiedad con que todos iban siguiendo sus esfuerzos, mordió con todas sus fuerzas la llave, medio extenuado. Y, conforme ésta giraba en la cerradura, él se sujetaba, balanceándose en el aire, colgando de la boca, y, según le era necesario se agarraba a la llave o la empujaba hacia abajo volcando en el esfuerzo todo el peso de su cuerpo. El ruido del metal de la cerradura, que al fin cedía, le volvió en sí totalmente. —Bien —pensó con un suspiro de alivio—; ya no fue necesario que viniera el cerrajero —y pegó al pestillo con su cabeza para terminarlo de abrir.

Tal forma de abrir la puerta motivó que aun estando franca la entrada no se hiciera todavía visible. Tuvo que darse vuelta con cuidado contra una de las hojas de la puerta, con mucha lentitud, para no caer. Y aún estaba concentrado realizando tan difícil movimiento, sin tiempo para preocuparse de otra cosa, cuando escuchó un "¡Oh!" del principal, que se esparció como una ráfaga de viento, y vio a este señor, el que estaba más cercano a la puerta, cómo se tapaba la boca con la mano y retrocedía lentamente, como si una fuerza invisible lo empujara.

La madre —que, a pesar de estar con el principal estaba despeinada, con el pelo revuelto— juntando sus manos miró al padre, dio luego dos pasos hacia Gregorio y cayó al suelo en medio de sus faldas esparcidas en torno suyo, con el rostro oculto en sus senos. El padre cerró el puño con ademán hostil, como si deseara echar a Gregorio hacia atrás, adentro de su cuarto; luego se volvió, caminando con paso vacilante hacia el recibidor, y allí, tapándose el rostro con las manos, estalló en llanto, estremeciéndose por entero.

Gregorio, pues, no llegó a entrar al recibidor; estaba dentro de su cuarto, apoyado contra la hoja, sólidamente cerrada, de la puerta, de manera que sólo mostraba la parte superior del cuerpo, con la cabeza semiclinada, y desde allí observaba a quienes le rodeaban. A todo esto, ya había clareado, y en la otra acera se distinguía nítidamente una parte del enorme y negro edificio de enfrente. Era el hospital, de fachada monótona, con ventanas simétricas como único adorno. Todavía no cesaba la lluvia, pero ahora caía espaciadamente. Sobre la mesa se veía la abundante vajilla del desayuno, porque para el padre, el desayuno era la principal comida del día, y acostumbraba alargarlo leyendo los dis-

tintos periódicos. Sobre el lienzo de la pared que se hallaba precisamente frente a Gregorio, colgaba un retrato de éste, de los tiempos de su servicio militar, representándolo con el uniforme de teniente, con la mano en el pomo de la espada, sonriendo despreocupadamente y con un aire que exigía, al parecer, respeto para su uniforme y gallardía militar. Aquella habitación daba al recibimiento; por la puerta abierta, se veía la del piso, que asimismo permanecía abierta. También se podía ver el descansillo de la escalera y el inicio de ésta última, que llevaba a los pisos de abajo.

—Bien —dijo Gregorio convencidísimo de ser el único que continuaba sereno—. Bien, me visto en seguida, tomo el muestrario y parto de viaje. ¿Me dejaréis que salga de viaje, no es cierto? Observé, señor principal, que yo no soy ningún porfiado y que trabajo con placer. Los viajes son cansados; mas yo no podría vivir sin viajar. ¿Hacia dónde va usted, señor principal? ¿Al almacén? ¿Sí? ¿Les relatará todo tal y como ocurrió? Cualquiera puede pasar por un breve período de incapacidad para el trabajo, pero es justamente en ese momento cuando los jefes deben recordar lo útil que uno ha sido, y confiar en que, saliendo de la incapacidad, volverá a reanudar las labores con mayor energía y empeño. Yo, como usted sabe bien, estoy muy comprometido a servir con lealtad al jefe. Por otro lado, debo atender también a mis padres y hermana. Es verdad que hoy me hallo en un difícil aprieto. Pero esforzándome lograré superarlo. Señor: No me dificulte más la cosa de lo que ya está. Defiéndame en el almacén. Sé bien que al viajante no se le quiere allí. Todos piensan que recibe dinero a manos llenas, y que vive a cuerpo de rey. También es verdad que no existe razón particular alguna para hacer desaparecer este prejuicio. Pero usted, señor principal, es más comprensivo y está más al tanto de las cosas, que el resto del personal, inclusive, dicho en confianza, que el mismo jefe, quien en su categoría de amo muchas veces se equivoca con relación a un empleado. Usted sabe muy bien que el viajante, como está fuera de la oficina casi todo el año, es un sujeto fácilmente expuesto a infortunios y a ser objeto de chismes y quejas sin fundamento alguno, contra todo lo cual poco puede defenderse, ya que por lo general no llega ni a enterarse, y sólo a veces al volver agotado de un viaje, comienza a notar comportamien-

tos extraños cuyas causas ni sospechaba. Señor principal, no se marche usted sin decirme algo que me haga sentir que al menos me da usted la razón en parte.

Mas desde el comienzo de las palabras de Gregorio, el principal se había dado media vuelta, y lo miraba por encima del hombro crispado mostrando un gesto de asco en los labios. Mientras Gregorio hablaba, estaba muy intranquilo. Retrocedió hasta la puerta sin dejar de mirarle, pero con gran lentitud, como si algo oculto no le permitiera dejar aquella habitación. Finalmente llegó al recibidor, y, al ver la ligereza con que levantaba los pies del suelo, diríase que le quemaban las suelas de los zapatos. Estiró su brazo hacia la barandilla de la escalera, como si de milagro esperara encontrar allí la libertad.

Gregorio entendió que de ninguna manera podía dejar irse al principal en tal estado de ánimo, de otro modo su puesto en el almacén correría serio peligro. No lo entendían sus padres de la misma manera, ya que a través de los años se habían forjado la ilusión de que la permanencia de Gregorio en aquella casa comercial duraría de por vida; aparte de eso, estaban tan preocupados con los sinsabores del momento, que toda perspicacia les había abandonado. Gregorio, en cambio, tenía una actitud muy distinta. Había que detener al principal, apaciguarlo, convencerlo y, finalmente, ganárselo. ¡De eso dependería el futuro de Gregorio y de su familia! ¡Si por lo menos se encontrara allí su hermana! Era inteligente; comenzó a llorar mientras Gregorio estaba todavía muy tranquilo echado sobre la espalda. Y no hay duda de que el principal, tan afecto al bello sexo, se habría dejado conducir por ella a donde ella hubiera deseado; ella hubiera cerrado la puerta del piso y en el mismo vestíbulo le habría disuadido de su horror. Pero la hermana no estaba y Gregorio tenía que manejar la situación por sí mismo. Y sin acordarse de que aún no sabía hasta dónde alcanzaban sus posibilidades de movimiento, ni tampoco que lo más verosímil, lo más seguro sería que sus palabras resultaran de nuevo ininteligibles, dejó la hoja de la puerta en la que se apoyaba y pasó a través de la hoja que estaba abierta, comenzando a caminar hacia el principal que continuaba asido ridículamente a la barandilla del rellano. Pero de inmediato, al faltarle el sostén, cayó al suelo sobre sus peque-

ñas y numerosas patitas, dejando escapar un ligero lamento. Al punto sintióse, por primera vez en aquella mañana, lleno de un verdadero bienestar; sus patitas, posadas en el suelo, le obedecían perfectamente, cosa que advirtió con alegría; vio que se esforzaban en llevarle en la dirección que él deseaba, y se inclinó a creer que tenía al alcance de la mano el fin de sus sufrimientos. Pero, justo en el instante en que Gregorio se encontraba en el suelo balanceándose con reprimida ansiedad, al frente y cerca de su madre, ésta, que parecía estar completamente trastornada, dio un salto brusco, al mismo tiempo que se puso a gritar con los brazos y los dedos extendidos: "¡Socorro!" "¡Dios mío!" "¡Socorro!" Agachaba la cabeza como para mirar mejor a Gregorio; mas de repente, como para desmentir lo que veía, cayóse de espaldas, sobre la mesa, y olvidando que aún estaba puesta, quedó sentada en ella, inmóvil, sin percatarse de que el café chorreaba de la cafetera que se había volcado y se estaba derramando, hasta la alfombra.

—¡Mamá! ¡Mamá! —murmuró Gregorio, mirándola de arriba abajo. Por un momento olvidó la presencia del principal; y al ver el café derramado abrió y cerró repetidas veces sus mandíbulas en el vacío. Se oyó otro grito de la madre, que apartándose de la mesa se lanzó a los brazos del padre que acudía a su encuentro. Pero Gregorio no tenía ahora tiempo de preocuparse de sus padres, pues el principal estaba ya en la escalera, con la barbilla apoyada en la baranda, mirando aquel espectáculo por última vez. Gregorio tomó impulso con ánimo de alcanzarle; el principal debió adivinar su intención, porque bajó de un salto varios escalones y desapareció, mientras todavía sus alaridos resonaban por toda la escalera. Desgraciadamente, la espantada del principal pareció haber trastornado completamente al padre, que hasta ese momento se había conservado más o menos en sus cabales; porque en vez de correr tras el que salió disparado, o al menos dejar que Gregorio fuera en su persecución, agarró con la mano derecha el bastón que el principal había dejado abandonado en una silla, junto con el sombrero y el abrigo, y, tomando de la mesa, con la otra mano, un gran periódico, comenzó a patear fuertemente el suelo, blandiendo el papel y el bastón para llevar a Gregorio nuevamente a su cuarto. No le sirvieron a éste sus sú-

plicas, que ni siquiera le entendían; y por más que bajaba sumiso la cabeza, el padre seguía con su pataleo, cada vez más violento. Su madre, por otro lado, aunque el tiempo era frío, abrió una ventana, y reclinada hacia el exterior se cubría la cara con las manos. Entre la ventana abierta y la escalera se formó una fuerte corriente de aire; las cortinas se abombaron, los periódicos se agitaban sobre la mesa y algunas hojas cayeron al suelo. El padre, inexorable, apuraba la retirada con salvajes silbidos. Mas Gregorio aún no tenía mucha práctica en caminar hacia atrás y la maniobra iba muy lenta. Si al menos hubiera podido darse vuelta, hubiera llegado rápido a su cuarto. Pero no se atrevía a hacerlo, por no violentar más a su padre con la lentitud de tal rotación; y en cualquier momento el bastón, en manos de su padre, podría golpearle fatalmente la espalda o la cabeza. Pero, al fin no le quedó otra cosa que hacer que volverse, al darse cuenta con horror, que caminando hacia atrás no podía controlar su dirección. De manera que, aunque no dejó de mirar angustiado a su padre, comenzó a dar vuelta, lo más vertiginoso que pudo, que fue muy lento. Parece que el padre notó sus buenas intenciones, pues no lo siguió acosando, e incluso le dirigió desde lejos la maniobra con la punta del bastón. ¡Si al menos pudiera haber dejado él de silbar de ese modo tan terrible! Eso era lo que más desesperaba a Gregorio. Al terminar casi ya, de dar la vuelta, el silbido lo desconcertó, haciendo que de nuevo equivocara un tanto la dirección. Finalmente, su cabeza se encontró frente a la puerta. Mas en ese momento, se dio cuenta que su cuerpo era demasiado ancho para poder pasarlo sin dificultades. Al padre, como era de esperar dado su estado de ánimo, tampoco se le ocurrió abrir la otra hoja de la puerta para que Gregorio tuviera espacio para pasar. Únicamente le obsesionaba la idea de hacer que Gregorio entrara a su habitación lo más rápidamente posible. Tampoco habría soportado él jamás los minuciosos preparativos que Gregorio precisaba para incorporarse y poder así, quizá, pasar por la puerta. Probablemente ahora estaba haciendo más ruido que nunca urgiendo a Gregorio para que avanzara, como si para ello no existiera ningún impedimento.

Gregorio escuchaba tras sí una voz que parecía increíble fuera la de su progenitor. La cosa no era para bromas. Gregorio —arriesgándole todo— se metió como pudo en la puerta. Se levantó de medio lado; ahora estaba reclinado en un ángulo del umbral con el costado totalmente destrozado. En la nitidez de la puerta, se pegaron unas manchas asquerosas. Allí quedó Gregorio atrapado, totalmente impedido de moverse por sí mismo en lo más mínimo. Las patitas de uno de los lados colgaban temblorosas en el aire, mientras las del otro quedaron dolorosamente prensadas contra el suelo. Entonces su padre le dio por detrás un fuerte y a la vez salvador empujón, que lo lanzó dentro de la habitación, al mismo tiempo que sangraba abundantemente. En seguida la puerta fue cerrada de un bastonazo y finalmente todo volvió a la calma.